



Los niños de la guerra: paradojas

Gervasio Sánchez, conversación
con M.^a Luisa Vázquez de Ágredos Pascual

En 1948 se aprueba la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*. Desde entonces han sido varios los documentos y convenciones que se han ido aprobando y ratificando para garantizar la protección de los derechos de la infancia en tiempos de paz y en periodos bélicos, gracias al marco que proporciona el Derecho Internacional Humanitario en este último caso. Sin embargo, numerosos escenarios de Oriente Próximo, África y Asia nos hablan de una infancia con derechos vulnerados. Háblanos de ello partiendo de tu dilatada experiencia en estos escenarios como fotoperiodista.

Evidentemente cuando todo se desmorona los derechos de la infancia son los primeros en ser vulnerados. En otras palabras, cuando empieza una guerra los niños son las primeras víctimas y los que sufren las mayores consecuencias. Además ante una pregunta así la primera cuestión rápida que debemos hacernos es ¿qué es ser niño en una guerra? Porque las respuestas son muchas. No es lo mismo ser niño en el Cerco de Sarajevo, que se extendió desde el 5 de abril de 1992 al 29 de febrero de 1996, es decir, aproximadamente 4 años, que ser niño en la guerra de Afganistán, que cumple casi 40 años. Aquí, muchos de los niños que vivieron el conflicto en su temprana infancia conforman hoy la población adulta, pero continúan siendo “niños de la guerra” porque la vivieron a esta temprana edad y ello, indudablemente, les dejó secuelas con consecuencias en edades sucesivas. Ningún menor de 40 años en Afganistán sabe lo que es vivir en un país en paz. Lo que sufrieron en su infancia y las consecuencias que ha tenido para ellos los convierte en “niños de la guerra”, pero se les priva de esa categoría porque ya forman parte de otra etapa de la vida. Se olvida con ello que la edad cronológica y la edad biológica, estrechamente relacionada con la salud, no se corresponden en escenarios de conflicto y de postconflicto como estos. En el caso de Afganistán, esto cobra una importante dimensión, pues la media de vida aquí es de 39 años, lo que convierte en un anciano a todo aquel que llega a los 40.

Lo que quiero decir con esto es que los niños quedan atrapados en la guerra y sufren sus consecuencias durante años y décadas. A veces nunca salen del estado de guerra. Yo he visto población adulta en situación de estrés postraumático a consecuencia de la violencia inusitada que sufrieron un día, siendo menores de edad en muchos casos. Entonces hay que partir de ahí, porque si no definimos bien qué es un “niño de la guerra”, o qué es “la infancia”, o cómo la infancia queda atrapada en un conflicto, es difícil que luego podamos plantear soluciones. Y en este mismo sentido, cuando UNICEF habla de infancia ¿se está refiriendo a los jóvenes que hoy tienen 25 años y que fueron combatientes durante 10 años siendo menores, o estos ya no forman parte de esta categoría? Definir estas cuestiones de base es fundamental para poder avanzar en el terreno de los derechos humanos de la infancia que en efecto, y a pesar de todas esas declaraciones, tratados, pactos, convenciones y resoluciones internacionales que se han sucedido desde 1948, son vulnerados y masacrados en tiempos de guerra.

Cuando estalla un conflicto armado y todo se desmorona los niños son utilizados para combatir, las niñas son convertidas en arma de guerra al ser violadas brutalmente, lo que hoy en día se considera un crimen de lesa humanidad, y en consecuencia no prescribe. Niños y niñas son bombardeados, mutilados y privados de su bienestar físico y psico-social en medio de los conflictos armados.

En 1996 Manuel Leguineche escribió su libro *Los ángeles perdidos*, que en ese mismo año recibió el *Premio Espasa Hoy* ¿Continúa siendo de actualidad o habría que modificarlo y ampliarlo para hablar de nuevos conflictos y las realidades que estos desencadenan en la infancia?

El libro de Manu es un manual de lujo y de obligada consulta, que envejece bien. Pero a pesar de ello necesita ser revisado y actualizado. En primer lugar porque es un libro periodístico, y como tal está actualizado hasta el día en que se escribe. Se une a ello que ya tiene muchos años y algunos de los conflictos de nuestro tiempo, con claras consecuencias para la infancia, todavía no habían estallado cuando fue publicado, como la guerra de Irak, que comenzó en 2003. Pero sí, el libro de Manu es sin duda un texto de referencia no sólo por lo que en él se narra en torno a esos “ángeles perdidos”, sino por cómo se narra. Y en este sentido, vale la pena recordar que su autor era un gran maestro en la tarea de recopilar y contrastar datos y fuentes hasta el último día de redacción. La pena es que Manu nos dejó muy pronto.

En este libro en concreto, Manu, que era muy generoso, llegó a incluir varias referencias de mi trabajo con niños soldados en lugares como Sierra Leona y los Balcanes, convirtiéndome en una fuente más para un texto que en 1996 destilaba veracidad, actualidad y denuncia en torno a la infancia y la vulneración de sus derechos. Muchas de las vidas de esos “ángeles perdidos”, que él mismo conoció en

los años 90, son extrapolables a las de millares de “ángeles perdidos” de nuestro tiempo. Pero hoy habría que incluir nuevos capítulos en él para hablar de otros conflictos y realidades, y con ellos nuevas historias de vida. Me pasa lo mismo con mi libro fotográfico “Los niños de la guerra”, el cual fue publicado en el año 2000 con imágenes de niños combatientes y niños víctimas que fueron tomadas entre 1989 y 1999, y que ahora mismo debería de actualizarse.

¿Por qué la Cooperación Internacional no está siendo eficaz en la tarea de garantizar el cumplimiento de los derechos humanos y el derecho internacional humanitario entre la población más vulnerable: la infancia? ¿Consideras que la Cooperación Sur-Sur podría ser una alternativa más eficaz? ¿Qué otras soluciones podrían ser decisivas en un cambio a favor?

Yo tengo una opinión cada vez más crítica con la Cooperación Internacional. Creo que hay muy poca capacidad para pactar alianzas obviando las siglas y trabajando con efectividad sobre el terreno.

Está demostrado que las grandes campañas funcionan cuando las ONGs suman, no cuando restan. Por ejemplo, sólo cuando se juntaron miles de ONGs contra las minas se consiguió un tratado para poner fin al mercado, la exportación y la venta de minas. Este tratado se consiguió después de varios años de batallas políticas, y empezó con una coalición que fue abanderada por cinco ONGs a la que acabaron sumándose mil doscientas. Tres cuartos de lo mismo ocurrió con el tratado sobre las bombas de racimo. Pero por desgracia hay ONGs que prefieren ir por libre, en especial las grandes. Se excusan diciendo que tienen una política distinta, pero lo que en realidad buscan con ello es salvaguardar sus siglas. Ese ir en solitario y la falta de coordinación deriva en problemas graves en el marco de la Cooperación Internacional. Yo he visto, por ejemplo, lugares en los que se duplican y triplican los proyectos. La sensación con ello es que esas grandes ONGs con su falta de coordinación en sede y terreno lo que buscan es parchear, “poner una tirita” a una herida sangrante. Pero la sangre no dejará de fluir y acabará desprendiendo esa tirita.

Otro problema en este mismo marco es que con frecuencia se dilapida el dinero porque lo que interesa es trasladar ejecutivos a zonas muy bien pagadas con sueldos exorbitantes, lo cual es muy común por desgracia en la política de Naciones Unidas.

Yo creo que la solución es pactar alianzas efectivas a corto, mediano y largo plazo con objetivos muy claros, obviando las siglas. ¿La Cooperación Sur-Sur podría ser una alternativa? Bueno, quizás la financiación debe llegar del Norte, pero debería ser el Sur el encargado de gestionar ese dinero. Pongo un ejemplo del proyecto que mejor he conocido, y que a lo largo de mis 30 años de experiencia documentando infancia y conflicto sobre el terreno representa a mi juicio

un referente extraordinario: el “Proyecto de Rehabilitación de Niños Soldados en Sierra Leona”, dirigido por Chema Caballero, que comenzó a finales de 1998 y se concluyó siete años después, si bien existen flecos que continúan trabajándose hasta la actualidad. Este fue un proyecto identificado, y formulado por un misionero con formación en Derecho, Máster en Resolución de Conflictos, hablante de las lenguas locales de Sierra Leona, y con un amplio conocimiento del país en el que debía ejecutarse esta iniciativa humanitaria. Algo a reseñar de este proyecto es que todo su personal remunerado con un salario decente sierraleonés, un total de 120 trabajadores entre los que se contaban cocineros, profesores, trabajadores sociales, médicos, psiquiatras, y psicólogos, entre otros, era de origen local, es decir, de Sierra Leona. Chema y la misionera que trabajó con él en esos años fueron los únicos expatriados, y su condición de misioneros les impidió, además, cobrar por el trabajo que allí desarrollaron con los niños soldados. Lo dicho hasta aquí contrasta con los salarios estratosféricos que cobra el personal expatriado enviado desde las grandes organizaciones de la Cooperación Internacional, entre ellas las Naciones Unidas o el Comité Internacional de la Cruz Roja y la Media Luna Roja.

Al final se trata de buscar formas de racionalizar los gastos. No digo que no tenga que haber extranjeros, pero lo que no entiendo bajo ningún concepto es que se pague miles de euros a un extranjero que apenas conoce el país en el que debe ejecutar un proyecto de desarrollo. El mismo extranjero que llega para seis meses o un año, y en la mayor parte de los casos tras ese tiempo es destinado a otro lugar. La clave es que estos proyectos estén en manos de personas que entiendan el país y sepan racionalizar el dinero que llega del Norte, con el objetivo de optimizar el impacto que debe tener esa financiación en la mejora de las condiciones de vida de las poblaciones locales del Sur beneficiarias.

¿Y el papel de los gobiernos en todo ello?

Las guerras, que tantos derechos humanos vulneran entre las poblaciones civiles que son víctimas de estos conflictos, y en especial la infancia, son gestadas por los gobiernos a través de negocios que mueven millones y millones de euros para aquellos países que los promueven, entre ellos el de la fabricación, exportación y venta de armas. Recuerdo que con el final del gobierno del Sr. Zapatero escribí el artículo “El mejor traficante de armas abandona la Moncloa”, con toda la intención de dar en la diana, y es que entre el año 2004 y el año 2011 el gobierno del Sr. Zapatero sextuplicó la exportación y la venta de armas ligeras, llegando a destinar en este negocio 2.400 millones de euros respecto a los 400 millones de euros que se destinaron durante el gobierno del Sr. Aznar. Y en medio de esta vergüenza conviene no olvidar que el Sr. Zapatero ganó las elecciones posicionándose contra la guerra de Irak.

¿Por qué España y los países de la Comunidad Europea firmaron el Tratado de Ottawa o la Convención sobre la prohibición del empleo, almacenamiento, producción y transferencia de minas antipersonales y sobre su destrucción? Porque los chinos y los indios las hacían tan baratas que era imposible competir con ellos, por lo que la fabricación y la venta de minas dejaban de ser un negocio. En esta misma línea, si la Comunidad Europea tuviera un verdadero interés humanitario en poner fin a la guerra dejaría de exportar armas ligeras, que son las que se emplean en la guerra. La misma Comunidad Europea que se llena la boca continuamente hablando de principios declarativos sobre la protección y el cumplimiento de los derechos humanos, y que a la vez es la principal exportadora de armas ligeras del mundo. Lo que quiero decir con ello es que de la misma forma que se dejaron de fabricar minas porque dejaron de ser un negocio, la fabricación y venta de armas desaparecerá cuando deje de crear beneficios, nunca por un interés humanitario, eso es mentira. La mayor parte de las empresas dedicadas al comercio de armas son estatales y las decisiones en ellas las toman los Estados. ¿Y quién financia esas empresas? Los bancos y las cajas de ahorros, de forma que hay una relación impúdica entre negocio de armas, bancos y gobiernos ante la pasividad absoluta de los medios de comunicación y de los propios ciudadanos.

Vivimos en una cultura de la imagen. Todos los días somos bombardeados por miles de imágenes que han provocado una progresiva desensibilización sobre contextos y existencias que hace años impactaban emocionalmente al espectador. En medio de esta nueva realidad ¿cómo se consigue sensibilizar con rigor a través de la imagen? ¿Cómo mostrar la infancia en condiciones de máxima vulnerabilidad logrando a la vez sensibilizar e informar con rigor? Cuéntanos sobre este reto basándote en tu experiencia como fotoperiodista de guerra y crisis humanitarias enquistadas.

Retratar la infancia es sin duda un reto. Pero es posible actuar con decencia si te haces unas preguntas *a priori* y dedicas el tiempo necesario. Preguntas fáciles de responder: ¿cómo me gustaría que me retrataran a mí si yo fuera un niño de la guerra, un niño refugiado, un niño con un fusil? ¿Y si fuera una niña de la que han abusado sexualmente? ¿Me gustaría que me preguntaran cuántas veces me han violado? Estoy hablando de preguntas que suelen hacer los periodistas y que me hacen sentir vergüenza cuando las escucho.

La alternativa a este posicionamiento es acercarse a estas personas con rigor, con empatía, con cercanía, entendiendo su historia, dedicándoles el tiempo necesario, lo que significa respetar sus ritmos vitales y sentir con ellas. Es así como recibes y sientes en tu interior el impacto del dolor que padecen, y una vez eso ocurre ya solo se puede transmitir información, escrita o en imagen, de una única forma: con decencia. Obrar así guarda relación en realidad con una forma

